

Una introducción

Son dos temas los que subyacen a 1^{era} de Pedro. El primer tema tiene que ver con el ánimo que Pedro le estaba dando a cristianos que estaban pagando un alto precio por su fe; a cristianos que estaban padeciendo. Este estribillo no deja de ocupar un primer plano, sino que puede oírse claramente en 1.6–9; 3.13–17; 4.12–19, y 5.9–10. El segundo tema es inconfundible: «El fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración» (4.7). En 1.7, los dos temas se combinan cuando Pedro expresa: La «prueba de vuestra fe» resultará en «alabanza, honra y gloria cuando sea manifestado Jesucristo». Pedro estaba enseñándoles a los cristianos cómo enfrentar las dificultades y contratiempos, y lo hace, recordándoles una y otra vez, que el Señor viene por segunda vez, y que Su pueblo triunfará.

Estamos familiarizados con Pedro gracias a los evangelios y al libro de Hechos. No es necesario volver a reseñar el llamado del que fue objeto y sus trastabillantes pasos iniciales en el discipulado (vea Mateo 4.18–22; 14.22–33; 16.13–23; 17.1–8; 26.31–46, 69–75). Cuando la iglesia dio comienzo el día de Pentecostés, y posterior a ello, las cualidades de liderazgo de Pedro empezaron a aflorar. Cuando la incertidumbre hacía presa de los discípulos, cuando algunas cuestiones difíciles amenazaban con dividir a la iglesia, cuando los cristianos eran perseguidos y les daban muerte, Pedro se erguía como un baluarte, como una columna de fortaleza (Vea Hechos 1.15–16; 2.14–39; 3.1–26; 4.1–22; 9.32–43; 10.1–48). Dado el destacado liderazgo de Pedro entre los apóstoles, era de esperar que la porción del Nuevo Testamento escrita por él, hubiera sido mayor. Tomando en cuenta el volumen, las obras de Pedro no se comparan con las de Pablo ni con las de Juan. Pero en estas dos breves cartas, él brindó nuevas percepciones de la relación entre Cristo y Su pueblo, las cuales no se obtienen de ninguna otra

fuente.

LA OCASIÓN QUE MOTIVÓ LA CARTA

Es poco lo que se conoce acerca de las prédicas y de la obra de Pedro posteriores a los primeros capítulos de Hechos. En Gálatas, Pablo menciona que estuvo en Antioquía (Gálatas 2.11), y según parece, también estuvo en Corinto (1 Corintios 1.12). Es poca la información de primera mano que tenemos, pero resulta claro que Pedro no estuvo ocioso. Es posible, incluso probable, que sus viajes misioneros se llevaran a cabo al mismo tiempo que los de Pablo. La extensión del territorio en el que vivían los destinatarios según 1^{era} de Pedro 1.1, insinúa una alta frecuencia de incursiones misioneras.

Aparentemente, a mediados de la década del sesenta d.C., tanto Pedro como Pablo fueron llevados a Roma a la fuerza. Una carta conocida como 1 Clemente, la cual fue enviada por la iglesia de Roma a la iglesia de Corinto a mediados de los noventa, sugiere que los dos habían muerto en Roma. Parece que Pablo escribió su última carta, 2 Timoteo, estando en Roma. Además, es probable que la alusión a Babilonia, que se encuentra en 1^{era} de Pedro 5.13, sea un comentario de la opinión del autor sobre la ciudad. De todos modos, a Roma se le llama Babilonia en Apocalipsis (Apocalipsis 17.5, 18), un libro dirigido a algunas de las mismas iglesias a las que fue dirigida 1^{era} de Pedro. La referencia a Babilonia le añade peso a la tradicional creencia en el sentido de que Pedro estuvo en Roma. Aparentemente fue martirizado en Roma, cerca del 67 d.C.; es probable que su primera carta se escribiera unos dos años antes de su muerte. Los viajeros, procedentes de todos los lugares del mundo, llegaban a Roma regularmente. Algunos eran cristianos, y a través de ellos, Pedro se enteraba de las necesidades y tribulaciones que estaban pasando las iglesias de Asia Menor. Esta parece haber sido la ocasión que motivó la escritura de la carta.

LOS LECTORES Y SUS TRIBULACIONES

La primera epístola de Pedro abarcó un amplio territorio, casi toda Asia Menor, la cual ocupaba el área actual de la Turquía moderna. A mediados del primer siglo, las cinco regiones mencionadas en 1^{era} de Pedro 1.1 —Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia— formaban parte de cuatro grandes provincias romanas. Gran parte de Ponto había sido anexada a Bitinia por el conquistador romano, Pompeyo. Algunas porciones más pequeñas habían sido asignadas a Galacia y a Capadocia. Ponto y Bitinia constituían una provincia que se extendía por todo el norte y el oeste de Asia Menor, sobre la costa del Mar Negro. Capadocia era la provincia más oriental, estaba relativamente lejos y era, hasta cierto punto, inaccesible. Galacia constituía una gran masa de tierra que estaba en el centro del subcontinente. La provincia de Asia era la gema de la región; se localizaba al oeste, frente al mar Egeo, y estaba llena de prósperas ciudades griegas. Es difícil determinar cuán estable era la iglesia en regiones remotas como Ponto y Capadocia a mediados de la década del sesenta d.C., pero visitantes de ambas regiones habían estado en Jerusalén cuando Pedro predicó el día de Pente costés (Hechos 2.9).

Se habían suscitado conflictos entre los cris-

tianos y las sociedades más grandes en medio de las cuales vivían. Pedro se refirió al hecho de que la fe de ellos estaba siendo probada con fuego (1.7) y aludió al fuego de prueba que estaban padeciendo (4.12). Era poco lo que podía decir acerca de los causantes de su padecimiento. Es probable que la clase de prejuicios y resentimientos con los que a menudo se reacciona a nuevas filosofías, había causado que a los cristianos se les acusara de crímenes y se les llevara a comparecer ante oficiales de la ciudad. Lo más probable es que algunos fueran azotados; y que a otros les dieran muerte. Pedro les recordó a los cristianos de la grandeza de la salvación que ellos poseían (1.2, 9). Habían sido redimidos y santificados (1.15–16, 18, 23). Jesús había de manifestarse por segunda vez (1.7, 13; 4.7). En medio del dolor, había razones para el gozo y el contentamiento (1.8). Sobre todo, no debían darles a los incrédulos razones justas para que éstos los odiaran (2.12). Debían ser santos y buenos (2.1–2), devolviendo bien por el mal que les estaban haciendo (3.9). Aun la persecución de la que eran objeto, debía ser una ocasión para reafirmar la fe de ellos y para dar testimonio de que Jesús era el Salvador de toda la humanidad (1.7). ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados